

EL CORRECTOR DE TEXTOS: VALOR DE UNA PROFESIÓN

Alicia María Zorrilla

Estábamos gozando del primer tomo de una edición del *Quijote* de 1740 cuando hallamos, al comienzo, un párrafo en que Julián del Cerro, escribano del rey, le daba licencia a Juan de San Martín, mercader de libros en esa Corte, para que por una vez pudiera reimprimir y vender, en dos tomos, la historia de don Quijote de la Mancha. Esa reimpresión debía hacerse sobre la base del original, y, con la Certificación del Corrector —ambas palabras con mayúscula—, podría tasarse el precio a que se vendería.

¡En qué gran miramiento se tenía al «Corrector General por su Majestad»! Sin que él revisara la obra, no podía determinarse su precio de venta. Una certificación es un documento en que se asegura la verdad de un hecho. Y en este, el corrector señalaba que había encontrado en la reimpresión las mismas erratas que contenía el original y, por supuesto, las había subsanado.

El corrector de textos, verdadero puente entre el autor y el lector, debe volver a ocupar ese lugar en nuestra sociedad y transformar su tarea en una profesión de jerarquía, respetable y respetada. Podrá lograrlo con una formación óptima. Estudiar siempre, brillar por sus conocimientos. Demostrar su competencia tiene que ser preocupación de todos los días para que, en cada empresa donde trabaje, lo sientan necesario, casi imprescindible, y lo consulten constantemente. Esta labor, como otras, exige consagración, un amor entrañable por las palabras, que no son cosas, sino seres que viven con nosotros, por nosotros y que nos ayudan a ser personas.

El corrector puede asemejarse a un pastor, pero de palabras, pues las cuida en lo material (significante, existencia) y en lo espiritual (significado, esencia), es decir, en cuerpo y alma. No puede perderse ninguna en el misterioso horizonte de la página. Todas están bajo su mirada vigilante, que trasciende lo que llamamos realidad para crear su espacio propio y metamorfosearse él mismo en vocablos. Durante su labor, este metafórico pastor renuncia inconscientemente a su humanidad terrena y adopta la delicada humanidad de los vocablos, que tienen su cielo. En ese instante diferente, los ojos semejan flechas verbales que buscan varios blancos. Los ojos del corrector oyen, piensan y hablan, y su mirada inquisidora recorre silenciosa las líneas de la escritura como caminos sin destino que desanda y vuelve a recorrer. Es un ser de silencios. Tal vez, ningún verdadero corrector se ha dado cuenta aún de esa fusión sublime que permite parir al hombre-palabra.

Corregir es, sin duda, un arte al que hay que entregarse con pasión, pero también con paciencia y tenacidad. Cuando decimos esto en nuestras clases, no falta quien pregunte qué es la pasión. Desde el punto de vista etimológico, esta voz denota ‘sufrimiento’. Y así lo demuestra un poemita de Lope de Vega referido al nacimiento de Jesús: —*No lloréis, mi vida, / que me dais pasión—, / le dice la Niña / que al Niño parió. / Témpanse los aires / a su dulce voz; / cántale su Madre / y él llora de amor.*

Cuando nos referimos al camino profesional elegido por un auténtico llamado interior, podríamos decir que «pasión» por lo que hacemos es un sentimiento fuerte que ocasiona un estado de zozobra placentero sin el que no podríamos vivir, un llorar de

amor, como dice el poema. No es una paradoja. No significa complacencia ante las dificultades que presentan los trabajos. No implica alegría por padecer. Es un impulso que motiva fervorosamente cada uno de nuestros actos y que se genera, sin duda, por esa relación de belleza entre hombre y palabra, de la que hablamos. Ese sufrimiento, ese amor que duele, reside en querer trabajar muy bien, cada vez mejor, pero con prudencia y sensatez para no transgredir con rigor maniático la escritura ajena. La perfección nunca se alcanza; lo bueno es saber pulir el texto con pericia, con mesura, sin extralimitarse, para soñar con la certeza de haberla conseguido. Hemos encontrado un cuentito del escritor andaluz Juan Ramón Jiménez que bien puede servir como metáfora del corrector obsesivo, es decir, del que, como tantos, por ese afán de ser perfecto, después de leer y releer el texto no ve una errata desgarradora que lo condena. Se titula «El recto»¹:

Tenía la heroica manía bella de lo derecho, lo recto, lo cuadrado.
Se pasaba el día poniendo bien, en exacta correspondencia de líneas,
cuadros, muebles, alfombras, puertas, biombos. Su vida era un sufrimiento
acerbo y una espantosa pérdida. Iba detrás de familiares y criados, ordenando
paciente e impaciente lo desordenado. Comprendía bien el cuento del que se
sacó una muela sana de la derecha porque tuvo que sacarse una dañada
de la izquierda. Cuando se estaba muriendo, suplicaba a todos con voz débil
que le pusieran exacta la cama en relación con la cómoda, el armario, los cuadros,
las cajas de las medicinas. Y cuando murió y lo enterraron, el enterrador le dejó
torcida la caja en la tumba para siempre.

El corrector debe ser «médico» de las palabras —no curandero ni matasanos— para curarlas cuando llegan enfermas por impericia del autor y, al mismo tiempo, «abogado» para aplicar muy bien las leyes que rigen su uso correcto y aplicarlas como corresponde. El vocablo «médico» deriva del latín *medicus*, y esta voz, de *mederi*, verbo que denota ‘curar, aliviar, cuidar’; «abogado» proviene del verbo latino *advocare*, ‘llamar en ayuda’. El corrector es, pues, llamado para que ayude a curar, aliviar y cuidar los textos palabra por palabra, letra por letra, cuando estos están dañados por la ignorancia o por la falta de atención. Es una labor difícil que exige, sobre todo, saber hablar y escribir con justeza la lengua en que están compuestas las obras que corrige, y tener cierta cultura general que, por lo menos, lo induzca a consultar bien la bibliografía adecuada. Tiene que tener en cuenta que, en su trabajo, no cabe la mediocridad y no se cumple el dicho español: «Los errores del que cura con la tierra han cobertura», pues no hay tierra que tape ni los errores que no ve ni los que puede introducir por desconocimiento.

Según Aristóteles, «los grandes conocimientos engendran las grandes dudas». Más se instruye el corrector, más duda, pero también es cierto que, si está comprometido con su trabajo, cuando más duda, no le alcanzan los libros para instruirse. Si esto sucede, ha hallado el buen camino, puesto que está seguro de que la consigna de su vocación es siempre volver a empezar, tener constante sed de aprender, apasionarse cada día más del mismo entusiasmo que lo lleva a amar las palabras, y no detenerse nunca para seguir sirviendo humildemente a los demás.

Corregir no solo reside en colocar una tilde o en suprimir una forma verbal mal habida, sino también en conocer el espacio y el tiempo de la cultura, y hasta en ahondar en la cosmovisión de los autores. Por eso, después de realizado el trabajo, cada corrector se ha transformado, es otro; las palabras lo han creado nuevamente.

¹ <<http://talent.paperblog.com/el-recto-juan-ramon-jimenez-185752/>> [Consulta: 24 de diciembre de 2012].